

Algunos problemas del desarrollo de la conciencia humana en la presentación del esoterismo de Alice A. Bailey y su solución hilozoísta

Lars Adelskog

Introducción

Al estudiar el esoterismo se debería siempre aspirar a captar lo esencial. Uno puede preguntarse si existe un estudio de la visión esotérica del mundo que sea más esencial que el destinado a explicar el desarrollo de la conciencia.

En las enseñanzas de la nueva era se habla mucho sobre el desarrollo de la conciencia, pero la información dada no es coherente ni lógica. A menudo se dirige demasiada atención a asuntos puramente físicos o fisiológicos, como la estructura del ADN humano, pero se ha dicho muy poco sobre la naturaleza de la conciencia (me doy cuenta de la dificultad de criticar las enseñanzas de la nueva era en virtud de su gran diversidad y considerables inconsistencias mutuas. Pero podría citar aquí como ejemplo los libros del *Antiguo Secreto de la Flor de la Vida* de Drunvalo Melchizedek, que ilustran bastante bien lo que estoy diciendo).

La teosofía – siendo C.W. Leadbeater su exponente sistemático más importante – y las enseñanzas de Alice A. Bailey proporcionan muchos detalles del desarrollo de la conciencia, pero nunca han explicado de manera satisfactoria el hecho más básico del proceso – el desarrollo de la conciencia del yo, de la mónada – dado que la comprensión de que el yo es una mónada, un átomo primordial, estaba ausente del esoterismo oriental, que hasta el esoterismo occidental hizo la base de su presentación cuando apareció ante el público después de 1875.

Henry T. Laurency critica esta deficiencia de las enseñanzas teosóficas de manera sucinta y sin irse por las ramas: “Muchos estudiantes de la literatura teosófica han buscado en vano el ‘yo’, preguntándose donde está. Son conscientes de que son ‘yoes’, pero para los teósofos el yo es siempre otra cosa y en alguna otra parte. Los teósofos parecen no haber comprendido que el yo es un átomo primordial, que el yo es la mónada, que el yo es el individuo, y que el yo es la personalidad, que el yo está centrado en la triada inferior”. (Henry T. Laurency, *Knowledge of Life Three*, 5.24.1).

Sólo el hilozoísmo pitagórico ha explicado el hecho esotérico básico de la mónada. Esto por supuesto será elucidado en lo que sigue. El escritor de estas líneas, siendo un pitagórico, encuentra muy difícil de digerir que los teósofos y posteriormente Alice A. Bailey confundieran a la mónada con la tercera triada. Se necesitará un machete intelectual para abrir un sendero de comprensión a través de la selva de términos esotéricos que se ha vuelto espesa desde 1875. Para comenzar, dos aclaraciones:

(1) Sólo las mónadas pueden ser seres conscientes. Por “seres conscientes” entendemos seres autoconscientes. El cosmos está hecho de mónadas y envolturas para mónadas. Una envoltura es siempre consciente en un grado inferior al de la mónada para quien está destinada la envoltura. Si una envoltura (la envoltura física del hombre, por ejemplo) muestra autoconciencia, es sólo porque la mónada (o el yo) que reside en la misma es autoconsciente.

(2) Va en contra de la lógica y está en conflicto con la realidad hablar del “yo superior” de alguien, porque el inferior (este alguien) no puede poseer al superior (el “yo superior”) y el yo superior debe ser el verdadero poseedor (y en virtud de esa posesión el que use) del yo inferior, que por lo tanto debe ser sólo un yo aparente. Hablar del “yo superior” de alguien revela una irreflexión del mismo orden que la que se manifiesta en expresiones tales como “mi mónada” en lugar de la única expresión posible a este respecto: “Yo, la mónada”. Procedamos pues.

El problema del yo

Las dos enseñanzas hilozoístas fundamentales sobre los tres aspectos de la realidad cósmica y la estructura atómica de la materia emanan lógicamente de las enseñanzas pitagóricas sobre la mónada. Porque el hecho de que todo en el cosmos es por naturaleza atómico depende del hecho de

que todo en el cosmos en última instancia está constituido por átomos primordiales – mónadas. Y el hecho de que todo en el cosmos sea una trinidad de materia, conciencia y movimiento depende del hecho de que los átomos primordiales tienen esos tres aspectos.

Esta monadología, esta enseñanza sobre las mónadas, es parte de la esencia más interna del hилоzoísmo pitagórico, parte de lo que distingue al hилоzoísmo de los demás sistemas esotéricos. Ha de comprenderse que esta enseñanza sobre las mónadas proporciona una explicación de cierto número de problemas del conocimiento esotérico. Sin la monadología, estos problemas permanecerán sin solucionar, y en la ausencia de su solución han surgido ficciones.

El primer y principal problema, el problema del yo, resume otros cuatro.

En el esoterismo antiguo, se evitaba tanto como era posible estudiar el aspecto materia. El objetivo era dirigir la atención indivisa de los discípulos al aspecto conciencia, dado que esto hace más fácil adquirir las clases superiores de conciencia y las cualidades esenciales. La atención del hombre al lado material de este proceso en sí mismo – el intercambio de clases moleculares inferiores por clases superiores en sus envolturas, la actividad de los diversos centros de las envolturas (chacras), etc. – sólo puede perturbar (¡la energía sigue al pensamiento!) su evolución natural. De igual manera, es supersticioso creer, como lo hacen ciertos grupos nueva era, que uno desarrolla la conciencia trabajando en la “purificación de los cuerpos internos” o “adquiriendo control sobre los chacras” meditando sobre ellos. Es supersticioso porque es una confusión entre causa y efecto. Uno “purifica los cuerpos internos” (es decir, las clases moleculares inferiores son reemplazadas con clases superiores en las envolturas) y se “adquiere control sobre los chacras” como resultados de la adquisición de clases superiores de conciencia con su aspecto voluntad o energía más fuerte (lo que tiene un efecto purificador sobre las envolturas y un efecto controlador sobre los chacras). Sin embargo, esta conciencia superior es un aspecto de la vida de unidad. Nunca puede ser obtenida con las motivaciones egoístas de un mero desarrollo individual sino sólo en el sendero hacia la unidad: entregando amor, sacrificio, servicio, trabajo para el género humano.

Por lo tanto, el estudio del aspecto conciencia es el más importante también en el hилоzoísmo. Pero existe una diferencia con las viejas enseñanzas. Hoy el estudio comienza explicando el aspecto materia, la trinidad de la existencia, los átomos primordiales (las mónadas), etc., dado que se ha visto que la incomprensión, los absurdos, las ficciones son lo que resulta cuando un aspecto indispensable de la existencia es descuidado.

Todos los problemas mencionados tienen su origen real en el tratamiento del silencio dado a los átomos primordiales, a las mónadas. Si al enseñar esoterismo elemental los teósofos los hubieran mencionado, se habrían visto forzados a admitir que todo tiene un aspecto materia, todo en todos los mundos, dado que las mónadas, las menores partes de la materia, son el único contenido del cosmos, la base necesaria para la conciencia y el medio de movimiento. Pero prefirieron dejar el aspecto materia fuera. Al hacerlo se privaron a sí mismos de la posibilidad de explicar el yo, dado que el yo es la conciencia de la mónada – del átomo primordial.

No pudieron evitar hablar sobre las envolturas del yo, a pesar de que estas eran cosas materiales. Pero condujeron al pensamiento lejos del hecho de la materialidad llamando a las envolturas “principios” y afirmando simultáneamente (sin explicaciones) que el organismo “no es un principio”. En el proceso crearon un concepto que cubre tanto las envolturas como la conciencia de las envolturas sin forzar al pensamiento a tocar en absoluto ideas de “cuerpo” o de nada material.

Los problemas se amontonan si se trata de explicar el yo humano sobre la base de esta enseñanza sobre “principios”. *¿Qué es el yo?* ¿Es alguno de los “principios inferiores”, en concreto las envolturas de encarnación – las envolturas mental, emocional y etérica – y sus conciencias? Nuestra experiencia de cada día nos impone responder a esta pregunta de modo afirmativo, dado que nuestra percepción de ser un yo está ligada con esas conciencias de envolturas casi exclusivamente. Pero si eso es así, entonces el yo debe disolverse al final de la vida física, y eso hace la evolución imposible en cualquier sentido esotérico, es decir: el desarrollo continuo progresivo de la conciencia de un yo permanente diferenciado de envolturas perecederas. Si nos atenemos a la evolución y por tanto a la inmortalidad del yo, debemos igualar al yo con lo que ha sido llamado la Triada Espiritual o los tres principios superiores (en lenguaje teosófico: atma, buddhi, manas superior), en términos hилоzoístas:

supraesencial o 45, esencial o 46, y causal o 47:1-3. Sin embargo, dado que en la actual etapa general del desarrollo de la conciencia del género humano somos apenas autoconscientes aún a nivel causal, debemos concluir de esto que realmente no tenemos autoconciencia.

La solución a este problema dada por el esoterismo tradicional parte de la doctrina de la existencia de dos yoes diferentes en el hombre: el yo superior – 45, 46, 47:1-3 – y el yo inferior – 47:4-7, 48, 49:1-4 (¡eso sí, no siendo 49:5-7 un principio!). El yo superior es descrito como un ser independiente con una capacidad de conciencia suprahumana: “omnisciente y omnipotente en los mundos del hombre”, “libre de karma”, etc. Se dice que el yo superior envía hacia abajo “un rayo de sí mismo” dentro del yo inferior para obtener experiencia en los mundos del yo inferior. ¡La omnisciencia tiene algo que aprender en los mundos de la ignorancia de la vida! Al mismo tiempo el yo inferior – que de todas maneras los seres humanos debemos asociar con la idea de “yo” – se dice que tiene como principal propósito establecer contacto con el yo superior y quedar bajo su influencia.

Aparte de los absurdos ya mencionados es también evidente que esta doctrina es incompatible con el evolucionismo hilozoísta. El razonamiento es como sigue.

¿Puede la vida de un ser humano en los mundos físico, emocional y mental, su conciencia, experiencias, trabajos fatigosos en estos mundos, tener algún significado en absoluto, si ya tiene otro yo, un yo superior que es autoconsciente, omnisciente, omnipotente, etc., en mundos suprahumanos? ¿Y cómo puede existir ese yo en su nivel superior? Parecen existir sólo dos opciones: (1) O bien el yo superior es el resultado de un proceso de evolución; (2) o el yo superior no ha evolucionado desde algo inferior sino que siempre ha existido “desde el comienzo” en su nivel superior. Si optamos por (2), entonces la única explicación posible será algo similar a la historia de la creación del Viejo Testamento, en la que un dios omnipotente al comienzo crea todas las clases superiores e inferiores en todas sus clases, invistiéndoles al mismo tiempo con la clase de conciencia, superior e inferior, que han de tener en todo el tiempo por venir. Esta opción es incompatible con la evolución de la conciencia y por lo tanto debe ser descartada. La opción (1), por otro lado, es compatible con la evolución. Sin embargo, si optamos por ella, debemos concluir, si somos evolucionistas coherentes, que lo que quiera que sea ahora un yo superior ha evolucionado a través de todas las etapas inferiores de desarrollo sucesivamente. Y por tanto el yo superior ha sido alguna vez un yo inferior mencionado antes (bien en la evolución humana o en otra evolución paralela a la humana). Y si lo que es ahora un yo superior fue una vez un yo inferior, entonces es extremadamente probable, por no decir imperioso de acuerdo con la lógica de la evolución, que lo que es ahora un yo inferior se convierta en un yo superior en algún momento en el futuro. Pero entonces debemos concluir que se trata realmente de dos individuos, uno más avanzado en la evolución, el otro menos avanzado. Esta conclusión por supuesto hace bastante imposible hacer al yo superior una parte del hombre, llamarle “yo superior del hombre”, “nuestro yo superior”, “el alma divina del hombre”, “el Ego espiritual del hombre” o cualquier cosa de índole similar.

La solución hilozoísta a este problema es la más simple concebible. Lo que sea a lo que llamamos yo en el hombre es un átomo primordial, una mónada, que en la evolución de su conciencia ha alcanzado el nivel en donde el hombre normalmente tiene su conciencia de vigilia (conciencia mental y emocional).

Dado que la “muerte” es la disolución de las partes compuestas en sus partes componentes (también los átomos se disuelven; es decir, los átomos de clase inferior se disuelven en átomos de clases superiores), la mónada, siendo no compuesta, no puede disolverse o morir de esta manera. Las mónadas son los únicos inmortales en el cosmos.

La mónada puede percibir la conciencia y la materia de diferentes mundos, puede actuar en su realidad entrando en envolturas hechas de la materia de esos mundos, y al hacerlo activar la conciencia pasiva de sus envolturas. La mónada posteriormente se identifica a sí misma con esta conciencia activada como su “yo”.

La mónada capta potencialmente la conciencia pasiva en todos los mundos superiores, dado que esta conciencia pertenece a las diferentes clases atómicas y éstas en último análisis se componen de

átomos primordiales – mónadas – con conciencia pasiva. Toda conciencia es conciencia en mónadas, mónadas conscientes activa o pasivamente.

Sin embargo, la mónada es activamente autoconsciente sólo en esas clases de conciencia que ha sido capaz de activar a través de su evolución. Esto por supuesto es también cierto de la mónada en el reino humano, el yo humano.

La envoltura superior del yo humano, de la mónada humana, es la envoltura causal. Esta envoltura se convertirá en un ser autoconsciente cuando la mónada al final de su estancia en el reino humano, en la etapa de idealidad, se centre a sí misma en ella. En las etapas inferiores del reino humano, sin embargo, la envoltura causal tiene una mera conciencia pasiva en lo que al hombre se refiere. En la envoltura causal se almacena la quintaesencia de toda la experiencia que la mónada ha tenido durante su estancia en el reino humano. Un contacto momentáneo con este enorme almacén de experiencia ciertamente debe parecer como un contacto con un “yo superior”. En este caso, sin embargo, no es un contacto con un ser autoconsciente, independiente y activo. Esto es un hecho que debe ser puesto de relieve.

Los otros cuatro problemas esotéricos

Sólo la monadología hilozoísta ofrece la solución al *problema de la inmortalidad del yo*. Esto ha sido formulado a veces como la inmortalidad del “alma” o del “espíritu”. Pero el “alma”, concretamente la envoltura causal, no es inmortal, porque se disuelve cuando la mónada deja el reino humano definitivamente y entra en el quinto reino natural. Ni es el “espíritu” inmortal, porque por tal que se quiere decir la envoltura 45 de un segundo yo, y se disuelve, como muy tarde, cuando la mónada pasa al séptimo reino natural o primer reino cósmico (mundos 36–42). Pero ¿cómo sobrevive el yo, la individualidad permanente, a estas disoluciones? Si el yo individual, la autoconciencia, la auto-identidad, la percepción de la propia presencia, “Yo soy”, no tiene una base material que lo delimite en contra del resto de la existencia, todos los demás individuos, debe disolverse cuando su envoltura se disuelva y fusionarse con todo, perdiéndose de esta manera como un yo individual con auto-identidad. Y tal “nirvana” es ciertamente lo que el panteísmo exotérico, no sabiendo nada de las mónadas, enseña. Sin embargo, el “yo fundiéndose con el alma universal”, implicaría el fin y la anulación de la evolución del yo. Sólo un átomo primordial indisoluble puede ser una base material permanente para la autoconciencia. Más aún: dado que la mónada es un átomo de la clase más elevada del cosmos, no existe en el cosmos límite a su expansión potencial de conciencia; puede abarcar la conciencia ligada con todas las clases inferiores de átomos (2–49), o (lo que es lo mismo) puede extender su conciencia más allá de las envolturas de las que debe desprenderse sucesivamente. Si igualamos el yo con *cualquier envoltura*, debemos aceptar que no es posible evolución más allá de la capacidad de esa envoltura.

Esto nos lleva al siguiente problema resuelto por la monadología: *dios inmanente y dios trascendente*. En el esoterismo, y también en el misticismos de la nueva era, es un axioma que “todo es divino en esencia” o que “todo es inherentemente divino”. La monadología explica esto de la manera más simple. Todo es divino en esencia, dado que todo, en todos los mundos, es materia que consiste de átomos, y en último análisis, de átomos primordiales indestructibles. Cada uno de estos átomos primordiales – mónadas – posee conciencia, siempre en alguna medida, aún si es sólo potencial. Dado que la memoria es indestructible, las mónadas no pueden evitar recolectar experiencia y por lo tanto desarrollar su conciencia y capacidad. El desarrollo de la conciencia de un yo indestructible debe, según pasa el tiempo, alcanzar etapas cada vez más elevadas y finalmente la más elevada de todas – omnisciencia y omnipotencia cósmica. Las mónadas que han alcanzado ya ese estado superior colectivamente constituyen “dios trascendente”. Las mónadas que aún se hayan en camino de alcanzarlo – todas ellas, en todas las etapas – colectivamente constituyen “dios inmanente”.

El tercer problema concierne a *los mundos del cosmos* (1–49). El esoterismo enseña la existencia de una existencia invisible, tan objetiva en sus condiciones como la realidad visible es objetiva en sus condiciones. El esoterismo enseña que la realidad invisible se divide en diversos estados diferentes. En el misticismo, compartiendo una visión similar, esos estados son unilateralmente

descritos sólo como niveles de conciencia, como “espirituales” en oposición a la realidad visible como “material”, mientras que el hilozoísmo ofrece una descripción más completa, aclarando que esta realidad “espiritual” tiene un aspecto materia y un aspecto movimiento así como un aspecto conciencia.

Este problema trata de cómo explicar, por un lado, el hecho de que cada mundo tiene materia, conciencia, movimiento (series de vibraciones, voluntad), percepciones de espacio y tiempo de su propia índole característica, totalmente diferente de las de otros mundos; por otro lado, el hecho de que todos los mundos juntos constituyan un continuo, una unidad coherente, el cosmos. Esta unidad se manifiesta más claramente en el hecho de que todas las clases de conciencia que pertenecen a los mundos cada vez más elevados abarquen e incluyan a todas las clases inferiores.

Este problema se resuelve explicando que todos los mundos del cosmos son materiales y de naturaleza atómica, igual que el mundo físico. Cada mundo se compone de sus propios átomos, diferentes de todos los demás. La conciencia y el movimiento siempre están limitados en sus posibilidades y modos de expresión por la materia que es la base necesaria de estos dos aspectos. Cuanto más groseros, masivos son los átomos, más aletargado el movimiento, más lentas las vibraciones, y más apagada y mecánica la conciencia. Cuanto más sutiles los átomos, más veloces e intensas las vibraciones, y más clara y con mayor propósito es la conciencia que se desarrolla en los átomos.

Cada átomo de cierta clase se compone de cierto número de átomos de la siguiente clase superior, cada uno de estos átomos está a su vez compuesto de un número de átomos de la siguiente clase superior en la serie, etc., en dirección a los átomos primordiales. Esto por supuesto implica que cada clase atómica contiene todas las clases superiores, o expresado de manera diferente, átomos superiores interpenetran a todos los átomos inferiores y que las mónadas por lo tanto penetran y construyen toda la materia del cosmos. En consecuencia, todas las clases atómicas tienen una conexión interna unas con las otras. Las energías de las clases atómicas superiores influyen a todas las clases inferiores. Los átomos de la misma clase atómica tienen la misma clase de conciencia, y desde el punto de vista de la conciencia forman un colectivo con una conciencia común. Este colectivo incluye también la conciencia colectiva de todas las clases atómicas inferiores, dado que los átomos de clases inferiores no consisten de otra cosa que de átomos de clases superiores. Por otro lado, una conciencia inferior no puede captar una superior, un hecho del que podemos darnos cuenta cuando constatamos que mediante percepciones sensoriales (49) como la visión, el oído, el tacto, etc., no podemos captar deseos y sentimientos (48) o pensamientos (47), y mediante los deseos y sentimientos no podemos captar percepciones sensoriales; mientras que mediante deseos y sentimientos podemos captar percepciones sensoriales, de manera que por ejemplo podemos clasificarlas en agradables y desagradables, y mediante los pensamientos podemos captar (entender, juzgar) deseos y sentimientos así como percepciones sensoriales.

El cuarto problema concierne a *la génesis del cosmos*, la formación original de las clases atómicas, etc. La teología resuelve este problema comodamente dejándose todo a un dios omnipotente y eterno. El hilozoísmo no puede permitirse ese recurso, ya que no admite la existencia de otros dioses que las mónadas que han alcanzado los diversos reinos divinos cósmicos y particularmente el reino divino séptimo y superior (1-7) después de haber pasado por todas las etapas en el proceso de manifestación, incluyendo la involución, la evolución y la expansión. Nuestro cosmos ha existido por tanto tiempo que hay mónadas que se las han arreglado para conseguirlo y de este modo han hecho del cosmos una organización perfecta. ¿Pero cómo fue en el principio de la existencia cósmica? ¿Eran todas esas mónadas entonces tan inconscientes como las que se crean en la materia primordial justo ahora? ¿Cómo pudo una acumulación de átomos primordiales llegar alguna vez a formar esas clases atómicas compuestas y las formas que resultan apropiadas para la evolución de la conciencia? Sería extremadamente difícil resolver este problema si sólo existiera un cosmos. Pero existen innumerables globos cósmicos y siempre han existido. Así existen simultáneamente y en todas partes en el universo, y existen globos cósmicos en todas las etapas de manifestación, desde los recién formados a los plenamente contruidos y aquellos en proceso de desmantelamiento. Las mónadas que han alcanzado el reino divino superior (séptimo) de

su cosmos constituyen colectivos que llevan a cabo la función de supremos guardianes de la ley, supervisores de la evolución y modeladores de materia en lo que al globo se refiere. Según las mónadas más jóvenes alcanzan el reino superior (1–7), las más antiguas son liberadas para otros trabajos. Estas últimas pueden, si lo desean, dejar su cosmos en formación colectiva para construir un nuevo cosmos en alguna parte de la materia primordial con su provisión infinita de átomos primordiales inconscientes, proporcionando al hacerlo a innumerables mónadas la experiencia de la vida. Ellas mismas recibieron este don de la vida de otros constructores de cosmos alguna vez en un pasado inmensamente lejano, y ahora llevan el testigo. Y así continua sin principio ni fin. Los constructores de cosmos no crean pues las mónadas – esta omnipotencia suprema está reservada para la eternamente inconsciente, “ciega” *dynamis* – pero las hacen entrar en un cosmos, componiéndolas para formar las 48 clases atómicas inferiores. Gracias a los constructores de cosmos, el cosmos recibe desde su mismo comienzo el grado más alto de finalidad posible con sus átomos primordiales, todavía sólo potencialmente conscientes.

Examinemos ahora cómo la evolución del yo humano es explicado en algunos de los trabajos esotéricos publicados con el nombre de Alice A. Bailey. Comencemos con un repaso introductorio de la terminología usada. Se producirán algunas repeticiones, pero son bastante intencionadas y concebidas para hacer más fácil al lector seguir el razonamiento.

“Los tres aspectos del hombre” según Alice A. Bailey

Los tres aspectos del hombre se dicen ser:

1. Espíritu, vida, energía.
2. Alma, el mediador, o el principio medio
3. El cuerpo, la apariencia fenoménica. (WM 23–50)

o

1. La mónada, o puro espíritu, el padre en los cielos
2. El ego, el yo superior o la individualidad.
3. La personalidad, el yo inferior, el hombre del plano físico (LOM, Introduction; CF 608s)

También cada uno de estos tres aspectos (en CF 608 llamados también “fuegos”) es triple, de manera que en total se obtienen nueve aspectos (CF 608).

En el hilozoísmo, los tres “aspectos” del hombre se denominan las tres tríadas del hombre:

la tercera tríada (43:4, 44:1, 45:1)

la segunda tríada (45:4, 46:1, 47:1)

la primera tríada (47:4, 48:1, 49:1)

Como se ve se numeran desde “abajo”, desde el mundo físico hacia arriba, dado que se activan desde “abajo” por la mónada durante su evolución.

En CF existen numerosas referencias al “fuego por fricción”, “fuego solar” y “fuego eléctrico”.

En el hilozoísmo:

fuego por fricción = las energías de la primera tríada

fuego solar = las energías de la segunda tríada

fuego eléctrico = las energías de la tercera tríada. (CF 38)

En CF se usan también otros términos para las energías de las tres tríadas. El “fuego de la materia” (CF 35) son las energías de la primera tríada, el “fuego de la mente” (CF 221) denota en general las energías de la segunda tríada (que no es sólo energía causal-mental, aunque esto es lo que se da a entender en general) y el “fuego eléctrico del espíritu” (CF 1227) son las energías de la tercera tríada.

En WM 525s encontramos también los siguientes términos: “energía espiritual” = energía de la tercera tríada, “energía sensible” = energía de la segunda tríada y “energía pránica” = energía de la primera tríada. El uso del último término sugiere que la envoltura etérica es la más importante de las envolturas de encarnación desde el punto de vista de la energía.

Lo que Bailey denomina “los tres aspectos del hombre” son tres tríadas, tres unidades materiales, no sólo unidades de conciencia y energía. Cada una de ellas consiste de dos átomos y una molécula,

un hecho que generalmente no conocen los estudiantes de esoterismo. En la terminología teosófica que Bailey adoptó en gran medida sin revisión, este hecho resultó oscurecido por el uso del término “tríada” sólo para la segunda tríada, mientras que la primera tríada se denominó el cuaternario (CF 48) o la “personalidad” (en numerosos lugares, por ejemplo *The Rays and the Initiations*, 115), y la tercera tríada “el Uno” o la “Mónada”. El último término es especialmente notable. Debe considerarse extremadamente inapropiado llamar a la tercera tríada la “Mónada”. Mónada, que significa “unidad” en griego, fue el término que Pitágoras usó para el átomo primordial, el yo, y no debe ser usado para ningún átomo compuesto de clase inferior, y menos para algo que no es una unidad sino un compuesto de tres. Es indiscutible que mónada es un término original pitagórico. Por lo tanto debe ser usado en el sentido pitagórico original o no usarse de ninguna manera.

En ninguna parte en la extensa literatura de Bailey se da una explicación inequívoca del hecho de que la evolución del hombre en el sistema solar se efectúa a través de tres tríadas atómicas. Existen alusiones y sugerencias en CF, sin embargo, y en sólo un lugar hay una mención simple del hecho sin mayor explicación. Dado que esta importante información está esparcida aquí y allí en CF y situada en medio de datos menos importantes, probablemente sólo aquellos lectores que tienen un conocimiento previo del hilozoísmo pitagórico la percibirán. Con toda probabilidad, la mayoría de lectores habrá pasado por alto sin darse cuenta.

Por ello la “tríada superior” mencionada en CF 884 es obviamente la tercera tríada (que Bailey llama por lo general la “Mónada”), y lo mismo es cierto de la “Tríada Superior” referida en CF 1101 (punto 5), porque es claro del contexto que la segunda tríada (la “tríada espiritual” de Bailey) no es la que se quiere dar a entender en estos dos lugares. La primera tríada (que Bailey por lo general llama el cuaternario) es de hecho llamada tríada inferior en CF 1000.

Y lo más importante, existe en efecto una mención a “tres tríadas atómicas permanentes” en CF 940.

El “Alma” en Alice A. Bailey: Introducción

“Alma” es una palabra de uso coloquial así como de uso teológico, místico y esotérico para aludir a la conciencia en general pero también a conciencia de una determinada clase. Todo el mundo tiene su propia idea de lo que quiere decir “alma”. Si un término tan gastado ha de usarse como un término esotérico debe dársele un sentido inequívoco claramente enunciado; o si se usa en muchos sentidos, debe definirse en cada caso en donde ocurra. Si no, la gran mayoría de los lectores simplemente no comprenderán lo que se quiere decir, lo entenderán mal y quedarán confundidos. El resultado no será una percepción clara sino ficción.

En la extensa literatura de Bailey, “alma” es un término usado con frecuencia. Lamentablemente es un término usado en muchos sentidos diferentes sin indicaciones claras de que este sea el caso. Los resultados son oscuridad, vaguedad y a veces contradicciones obvias. Estos resultados indeseables podrían haberse evitados con una elección de términos más reflexionada y adecuada. Unos pocos ejemplos, todos ellos tomados de WM, serán suficiente para mostrar estas contradicciones.

Se dice por un lado que el alma es omnisciente (“según se accede a la omnisciencia del alma...”, WM 291), pero por otro lado que “puede carecer de conocimiento en los tres mundos [los mundos del hombre, 47–49] y de esta manera ser deficiente” (WM 180).

Además se dice que el alma es omnipotente (WM 153,231), pero sin embargo que “el alma se organiza a sí misma para el esfuerzo, reorientando sus fuerzas y preparándose para un nuevo y más poderoso impulso” (WM 89).

Se dice que “sólo el alma tiene una comprensión clara y directa del propósito creativo y del plan”, “sólo al alma, cuya naturaleza es amor inteligente, pueden serle confiados el conocimiento, los símbolos y las fórmulas que son necesarios para el correcto acondicionamiento del trabajo mágico”, “sólo el alma tiene poder para trabajar en los tres mundos a la vez y sin embargo permanecer desapegada y por lo tanto kármicamente libre de los resultados de ese trabajo”, etc (WM 126). Pero al mismo tiempo “es al principio casi imposible para el alma observante disociar su propio

mecanismo astral del mecanismo astral de la humanidad como un todo y del mecanismo astral del mundo”. (WM 222)

De las citas anotadas en el último párrafo es claro que “alma” a veces denota un nivel de conciencia enteramente suprahumano (con libertad del karma, etc.) y a veces conciencia humana muy normal de todos los días. El hecho de que “alma” pues se refiera a dos niveles bastante diferentes de conciencia, perteneciendo a dos reinos naturales diferentes (el reino humano, 47:4–49:7; y el quinto reino natural, 45:4–47:3) se comenta en un lugar: “Debe recordarse que ninguno de estos nombres y estas actividades se refiere al alma en su propio plano sino sólo a las almas humanas en encarnación en el plano físico. Esto debe ser puesto de relieve porque en su propio plano las almas de todos los hombres permanecen libres de ilusión y no pueden ser destruidas, engañadas o manipuladas. Es sólo ‘las almas en prisión’ quienes están sujetas a las actividades de las fuerzas del mal y sólo por un periodo limitado”. (WM 241).

Es evidente por lo tanto que el término “alma” se utiliza en la literatura de Bailey con significados ampliamente diferentes. ¿Pero cuales son esos? Incluso si pudieran enunciarse en un sentido general, fuera del contexto, ¿cómo podemos saber lo que se quiere decir por “alma” en el contexto, en cada lugar específico a lo largo de los libros de Bailey? Como demostraremos luego, éste no es un problema trivial, sino que es esencial para una clara entendimiento de toda la enseñanza dada a través de esta literatura. Es sin embargo un problema que puede resolverse con el conocimiento y método hilozoístas.

Si se puede echar un vistazo a las tablas al comienzo del capítulo “Los tres aspectos del hombre según Alice A. Bailey”, se verá que “alma” es un término para el “segundo aspecto”, es decir: la segunda tríada. Por ello podemos hacer una distinción entre:

- (1) “alma” en el sentido de conciencia en general y de cualquier clase, y
- (2) “alma” en el sentido de conciencia en el nivel de la segunda tríada (45–47).

El primer sentido de alma no es común en la literatura de Bailey. El segundo sentido, conciencia en el nivel de la segunda tríada, es mucho más común.

En lo que sigue examinaremos el uso que hace Bailey del “alma”, en el primer sentido para empezar y luego en el segundo sentido.

“Alma” en el sentido de conciencia en general y de cualquier clase

El hilozoísmo enseña que “Lo más esencial para entender el aspecto conciencia de la existencia es saber que existe sólo una conciencia en el cosmos, la conciencia cósmica total, de la que cada mónada tiene una parte inalienable. Esta conciencia es una amalgama de la conciencia de todas las mónadas del cosmos”. (KofR 2.4.1)

Por lo tanto es importante darse cuenta de que en los siguientes enunciados se alude a diferentes clases de conciencia *colectiva*:

“Debería tenerse en cuenta que el alma de la materia, el anima mundi, es el factor sensible en la materia misma. Es la receptividad de la materia a través del universo y esa facultad innata de todas las formas, desde el átomo del físico al sistema solar del astrónomo, lo que produce la innegable actividad inteligente que todo demuestra. Puede ser llamada energía atractiva, coherencia, sensación, vivacidad, percepción o *conciencia*, pero quizás el término más iluminador sea la cualidad que cada forma manifiesta”. (WM 33; cursiva por L.A.)

“Este alma se manifiesta de manera diferente en los diversos reinos de la naturaleza, pero su función es siempre la misma”. (WM 35)

“Los estudiantes no deben confundirse con la complejidad del tema. Deben aprender ciertas grandes generalizaciones y recordar que a medida que se accede a la omnisciencia del alma, el conocimiento más detallado encajará en su lugar gradualmente”. (WM 291)

En la cita últimamente indicada, “alma” significa la misma que “alma universal” o anima mundi, es decir, la conciencia planetaria colectiva de los mundos atómicos (no moleculares) 46–49. Existe una referencia explícita al “alma universal” en WM 47.

El hilozoísmo nos enseña que “La conciencia colectiva es la principal y común; la autoconciencia individual la debe adquirir el individuo por sí mismo a través de reinos naturales cada vez más

elevados, siendo esto posible debido a su misma participación en la conciencia colectiva”. (KofR 2.4.2)

Existen también algunos lugares en WM en los que “alma” denota conciencia humana individual de índole indeterminada. En estas ocasiones, a “alma” se le conceden significados específicos mediante la adición de diversas calificaciones, como “animal”, “divina”, “humana”, “observadora”, “en su propio plano”, etc.

“El alma ... es eso en el hombre que le hace consciente de su entorno y de su grupo, que le permite vivir su vida en los tres mundos de su evolución normal como el observador, el perceptor, el actor. Esto es lo que le permite finalmente descubrir que este alma es dual y que parte de sí responde al alma animal y parte reconoce su alma divina. A la mayoría, sin embargo, en este momento se le encontrará funcionando ni como puramente animal ni como puramente divina, sino que pueden ser considerada como almas humanas”. (WM 36s)

(Sobre las condiciones en el mundo emocional) “Debido a que las fuerzas en el propio cuerpo del aspirante se encuentran igualmente en desorden, se fusiona con el caos circundante a tal extremo que es al principio casi imposible para el alma observadora disociar su propio mecanismo astral del mecanismo astral de la humanidad como un todo y del mecanismo astral del mundo”. (WM 221s).

“Debe recordarse que ninguno de estos nombres y estas actividades [de las fuerzas malignas] se refiere al alma en su propio plano sino sólo a las almas humanas en encarnación en el plano físico. Esto debe ser puesto de relieve, porque en su propio plano las almas de todos los hombres permanecen libres de la ilusión y no pueden ser destruidas, engañadas o manipuladas”. (WM 241, citado arriba).

“Alma” en el sentido de conciencia en el nivel de la segunda tríada

Como resulta claro de nuestra discusión en el capítulo “Los tres aspectos del hombre según Alice A. Bailey”, los términos “alma”, “ego” y “yo superior” se usan para denotar la conciencia en la segunda tríada. Existe una importante diferencia observada en el uso de “alma” por una parte y de “ego” y “yo superior” por otra. A diferencia de “alma”, “ego” y “yo superior” nunca se usan en el sentido de conciencia en general de cualquier clase de las ya discutidas. En lo que al “yo superior” respecta es evidente; la misma elección de la palabra “superior” excluye su uso para conciencia humana cotidiana que por definición es “inferior” (“yo inferior”, etc., comparar con la segunda tabla al comienzo del capítulo “Los tres aspectos del hombre...”). Por lo tanto también discutiremos el uso de “ego” en este capítulo.

Pero antes de seguir adelante, debemos recordar al lector tres principios hilozoístas muy importantes. Sin tenerlos en mente nunca podrá existir un verdadero entendimiento de los asuntos aquí discutidos.

(1) *No existe conciencia salvo la conciencia de la materia, conciencia en la materia.* Expresado de manera diferente: la conciencia está siempre ligada a la materia, siempre tiene una base material. Esto implica a su vez que se puede definir cualquier clase de conciencia refiriéndose a la clase o a las clases de materia que le corresponde o corresponden. De hecho ésta es la única manera posible de dividir, definir o clasificar la conciencia. Este principio es denominado el *materialismo básico* del hilozoísmo.

(2) *No existe conciencia sino como resultado del proceso de manifestación* (el proceso de involución seguido por el proceso de evolución). Esto implica que, sin importar lo elevado que sea el nivel de conciencia alcanzado por un ser, éste ser debe haber alcanzado ese nivel evolucionando desde un nivel inferior, y en último análisis, desde el más bajo de todos. En consecuencia, este ser debe haber atravesado todos los estados no sólo del proceso de evolución sino de todo el proceso de manifestación. Este principio se denomina el *evolucionismo consistente* del hilozoísmo.

(3) *No existe autoconciencia salvo la inherente a una mónada permanente, material, diferente de sus envolturas.* El evolucionismo consistente implica o presupone que uno y el mismo individuo evoluciona desde los reinos naturales subhumanos hasta el reino humano y desde allí hasta los reinos suprahumanos y divinos. Esta conciencia individual, o yo, debe tener una base material. Esta base material no puede ser ninguno de los llamados por Bailey “los tres aspectos del hombre”

(llamados las tres tríadas en el hilozoísmo), dado que la individualidad los abandonará por turno según su conciencia evolucione más allá de los mismos. La base material del yo es en todos los reinos un átomo primordial que se llama la mónada. Este principio hilozoico se denomina *la monadología*.

Comenzando a partir de los tres principios recién mencionados, debemos, al tratar de captar lo que Bailey quiere decir por “alma”, responder a dos preguntas una de las cuales da lugar a una pregunta subsidiaria.

Pregunta (1): ¿A qué clase de conciencia en la segunda tríada se quiere dar a entender: causal (47:1-3) o esencial (46:1-7) o incluso supraesencial inferior (45:4-7)? Pregunta subsidiaria: ¿Qué grado de despertar (autoactivación) se quiere decir?

Estas dos cuestiones concernientes a clases de conciencia y grados de autoactivación son importantes, ya que existe una considerable diferencia en la capacidad de conciencia entre un individuo, digamos, en la etapa de cultura en el reino humano que está teniendo sus primeros contactos conscientes con la conciencia causal (en 47:3) y un individuo en los niveles superiores de la etapa de unidad, es decir, un individuo que ha dejado el reino humano y está funcionando con autoconciencia permanente no sólo en 47:1 sino en 46:1-7 también.

Pregunta (2): Cuando Bailey diferencia entre el “yo superior” del hombre (ego o alma) y el “yo ilusorio” y por este último quiere decir nuestra autoconciencia ordinaria física, emocional y mental, ¿cómo ha de entenderse esta enseñanza a la luz del hilozoísmo, que enseña que el yo del hombre es la conciencia de la mónada en cualquier nivel – físico, emocional o mental – en el que pueda encontrarse?

Intentemos primero responder a la Pregunta (1). A menudo no existen indicaciones claras de si se pretende aludir a la conciencia causal (47:1-3) o esencial (46) o a ambas cuando se habla de “alma” o “ego”. Los lectores de Bailey quizás piensen que “alma” o “ego” siempre significa causal (conciencia o cuerpo), dado que “cuerpo egoico” es sinónimo de “cuerpo causal”, pero esto no tiene por qué ser siempre el caso. Aquí tenemos por ejemplo dos pasajes de WM, en donde “alma” se refiere obviamente a la conciencia esencial (46):

- “1. sólo el alma tiene un claro e inmediato entendimiento del propósito creativo y del plan.
2. sólo al alma, cuya naturaleza es amor inteligente, pueden serle confiados el conocimiento, los símbolos y las fórmulas que son necesarias para el correcto acondicionamiento del trabajo mágico.
3. sólo el alma tiene el poder de trabajar en los tres mundos a la vez y sin embargo permanecer desapegada y por lo tanto kármicamente libre de los resultados de su trabajo.
4. sólo el alma es verdaderamente consciente del grupo y actúa con propósito puramente altruista.
5. sólo el alma, con el ojo abierto de la visión, puede ver el fin desde el comienzo y puede mantener con firmeza la verdadera imagen de la consumación última.” (WM 126)

“El alma es consciente del grupo y controlada por el grupo, y (hasta que el cuerpo causal haya sido vencido y lograda la liberación de su control) el real significado de la pureza no será entendido”. (WM 258)

Resulta claro de las dos citas recién anotadas que “alma” se refiere también a la conciencia y capacidad por encima de la causal y más allá del reino humano.

Pero a menudo “alma” significa la autoconciencia de la mónada humana en su envoltura causal o, para expresarlo más exactamente, en su átomo 47 de la segunda tríada. Es muy importante entender que la autoconciencia humana causal despierta o se desarrolla gradualmente, que no ha estado presente todo el tiempo como una especie de “yo superior omnisciente”. Debajo se anotan unas pocas citas de WM, en las que “alma” significa la naciente conciencia causal en la mónada humana.

“La inspiración se origina en los niveles superiores; presupone un punto muy alto en la evolución, porque incluye la conciencia egoica y requiere el uso de materia atómica, abriendo así todo un amplio rango de comunicadores. Eso implica seguridad. Debería recordarse que el alma es siempre buena; puede carecer de conocimiento en los tres mundos y en esta manera ser deficiente, pero no alberga mal alguno”. (WM 180)

(Dos comentarios: la “materia atómica” mencionada es 47:1, los “tres mundos” son 47, 48 y 49.)

“Sin embargo llega el día, en el que el alma despierta a la necesidad de dominar la situación y de afirmar su propia autoridad. Entonces el hombre (espasmódicamente al comienzo) hace balance de la situación. Ha de descubrir primero que tipo de energía predomina y es la fuerza motivadora en su experiencia diaria. Habiendo descubierto esto, comienza a reorganizar, reorientar y reconstruir sus cuerpos. Toda esta enseñanza puede resumirse en dos palabras: vicio y virtud.”

“Vicio es la energía de las envolturas, individual o sintetizada en la personalidad en la medida en que controla las actividades de la vida y subordina el alma a las envolturas y a los impulsos y a las tendencias del yo inferior.”

“Virtud es la invocación de nuevas energías y de nuevo ritmos vibratorios de manera que el alma se convierta en el factor controlador positivo y las fuerzas del alma reemplacen a las de los cuerpos. Este proceso es el de la formación del carácter”. (WM 202s)

Henry T. Laurency parafrasea los dos últimos párrafos así: “Vicio son las energías de las envolturas de encarnación, sintetizadas en la personalidad, porque mantienen al yo en sus envolturas y contrarrestan las energías causales”.

“Virtud es para el yo utilizar las energías causales y por medio de ellas controlar a la personalidad (las energías de las envolturas de encarnación)”. Henry T. Laurency, *Knowledge of Life One*, 5.13.10,11.

(Las envolturas de encarnación son las envolturas mental, emocional, etérica y orgánica.)

“La etapa en la que el alma, a través de la concentración y la meditación, tiene éxito en imponer sus ideas e impresiones sobre la mente mantenida ‘firme en la luz’ y de esta manera permite al cuerpo mental responder a impresiones y contactos que emanan de los mundos subjetivos y espirituales”. (WM 227)

“Todos los grandes científicos y trabajadores en los dominios de la naturaleza objetiva han trabajado como almas”. (WM 333)

Por lo tanto, el “mundo de las almas” (WM 211) es el mundo causal (47:1-3) y cuando se dice que la glándula pineal es el “asiento del alma” (WM 183) significa que es el asiento de la conciencia causal.

Resulta claro de sus escritos que Alice A. Bailey no conocía la enseñanza sobre la mónada en su sentido pitagórico original. De lo contrario habría mencionado a la mónada al describir la actividades de la individualidad autoconsciente en el reino humano. En su lugar usó el término “alma” en ese sentido también. Para prevenir la confusión se vio obligada a calificar el término “alma” con atributos como “observadora” y “humana” para distinguirlo de “alma” en el sentido de conciencia causal, a la que llama el “alma en su propio plano”. Dos ejemplos de esto de WM se dan seguidamente:

(Sobre las condiciones en el mundo emocional) “Debido a que las fuerzas en el propio cuerpo del aspirante se encuentran igualmente en desorden, él se fusiona con el caos circundante a tal punto que al principio le es casi imposible para el alma observadora disociar su propio mecanismo astral del mecanismo astral de la humanidad como un todo y del mecanismo astral del mundo”. (WM 221s)

“Debe recordarse que ninguno de estos nombres y estas actividades se refieren al alma en su propio plano sino sólo a las almas humanas en encarnación en el plano físico”. (WM 241, citado anteriormente).

Para resumir la discusión hasta ahora y también para responder a la Pregunta (1) realizada, decimos que el término “alma”, cuando no significa conciencia colectiva de cualquier clase (que no es un significado común en la literatura de Bailey), significa la conciencia de la mónada, del individuo, en alguna de las tres unidades de la segunda tríada y, a través de ello, en la envoltura correspondiente. En general esto implica a la mónada humana centrada en el átomo 47 de la segunda tríada y activa, por lo tanto, a través de la envoltura causal, o la mónada suprahumana centrada en los átomos 47 y 46 de la segunda tríada y activa, por lo tanto, tanto en la envoltura causal como en la esencial. Todas las etapas de activación están implicadas, desde los primeros contactos esporádicos con la conciencia causal, en los que ésta es casi totalmente pasiva y la conciencia autoactiva del individuo está casi totalmente concentrada en niveles emocionales y

mentales, hasta la plena soberanía en las envolturas causal y esencial a través de un centrado autoconsciente en los átomos 46 y 47 de la segunda tríada.

Vamos ahora con la Pregunta (2). Si, en lo que concierne al hombre, “alma” (cuando no significa conciencia en general, lo que ya hemos discutido) sólo se refiriese a su débil conciencia causal y esencial, naciente, incipiente y por lo tanto embrionaria, no podemos entender y explicar las referencias, numerosas a lo largo de la obra de Bailey, a algún otro principio autoconsciente en el hombre, un principio que posee conciencia y capacidad suprahumana y *que del mismo modo es llamado alma*:

“El discípulo en el plano físico y el maestro interno (sea uno de los Grandes Seres o el ‘Maestro en el Corazón’) necesitan conocerse el uno al otro en alguna medida y acostumbrarse cada uno a la vibración del otro”. (WM 65)

“Es una regla segura para los aspirantes asumir, cuando hacen contacto con una vibración y estímulo superior, que es su propia alma haciendo contacto con ellos, el Maestro en el corazón, y no sacar la conclusión precipitada (tan halagadora para su orgullo y personalidad) de que el Maestro trata de alcanzarles”. (WM 171)

En este significado de “alma”, también “Ego”, “yo superior” y “Ángel Solar” se usan de manera intercambiable:

[Se supone que el aspirante efectúa] “Una cooperación armoniosa con su Ángel Solar, de manera que la fuerza solar pueda imponer su ritmo sobre las fuerzas lunares”. (WM 571)

(Nota: “fuerza solar” significa energía de la segunda tríada, las “fuerzas lunares” significan las energías de la primera tríada).

“El Ego en su propio plano percibe *conscientemente* su relación con el Maestro e intenta transmitir esa conciencia a la Personalidad.”

“El Yo superior en su propio plano no está impedido por el tiempo ni el espacio y (conociendo el futuro así como el pasado) intenta acercar el fin deseado y convertirlo en un hecho más rápidamente.”

“El Yo superior o Ego en su propio plano tiene relación directa con otros egos del mismo rayo y en un rayo concreto o abstracto correspondiente y – percibiendo que el progreso se realiza en formación grupal – trabaja en ese plano ayudando a los de su clase.” (LOM 33s)

[Sobre el propio desarrollo del Ego se dice que el Ego realiza] “frecuentes intentos de controlar firmemente al yo inferior, algo desagradable para el Ego, cuya tendencia es contentarse con conciencia y aspiración en su propio plano.” (LOM 37)

Al leer los pasajes recién citados y otros en el mismo tono, es apenas posible sacar otra conclusión de que se presenta al hombre como consistiendo de dos seres separados, dos diferentes yoes, un yo superior (o Ego), que está plenamente desarrollado hasta un nivel suprahumano de conciencia y actividad y se contenta con permanecer ahí, y un yo inferior (la “personalidad”), nuestro yo de todos los días con su experiencia en el mundo físico y autoconciencia en el mismo (también entre encarnaciones en los mundos emocional y mental).

Una “doctrina de dos yoes” semejante está en estrecha concordancia con el panteísmo exotérico de la India (el advaita de Shankara). Según este último, el verdadero yo del hombre es un ser divino (atman) con su hogar en un mundo superior, mientras que la autoconciencia que el hombre experimenta y con la que se identifica como su yo tiene una existencia oscura, irreal e ilusoria. La implicación es que toda la existencia humana, no, toda la evolución, es absurda. ¿Por qué debemos vivir como seres ilusorios y sombríos en un estado imperfecto, cuando nuestro verdadero yo ya vive en un estado divino o incluso lo ha hecho desde siempre? Esto no puede ser la auténtica y original enseñanza esotérica. Está en conflicto irresoluble con el evolucionismo consistente y la monadología, que son ambas verdaderas enseñanzas esotéricas.

A propósito de esto Laurency hace unas pocas observaciones que son dignas de mención:

“La divergencia fundamental del hilozoísmo de Pitágoras y del panteísmo de Shankara es que el advaita asume que la conciencia puede existir sin una base material, mientras según el hilozoísmo la conciencia no puede tener una existencia separada independiente de la materia, sino que está siempre y necesariamente ligada a la materia.

“Según el panteísmo, la vida debe carecer de un propósito racional. El alma universal separa de sí misma al alma individual, que después de un errar sin significado (metempsicosis) a través de los cuatro reinos naturales, finalmente tiene éxito en alcanzar el nirvana, y es aniquilada siendo reabsorbida en un alma universal eternamente inmutable que trabaja ciega y automáticamente sin un propósito. Es comprensible que no teniendo la autoconciencia un punto firme para su propia existencia, debe asumirse que se fusiona con el alma primordial una vez que se libera de la materia”. (KofR 7.2.24s)

Según el evolucionismo consistente, la mónada humana no posee autoconciencia superior que la que ha logrado obtener (activar) a través de su propio trabajo (de acuerdo con la ley de autoactivación) en el proceso de evolución desde el mundo inferior (el mundo físico) hacia arriba.

Según la monadología, no puede haber simultáneamente dos niveles separados de autoconciencia en un hombre, si por hombre entendemos la mónada humana. Si existe referencia a algún principio superior en contacto con el hombre, tan autoconsciente como es el hombre autoconsciente, entonces debe ser otro individuo, otra mónada, diferente a la mónada humana.

No debe asumirse que los hechos recién mencionados no fueran conocidos para el autor real o inspirador de los libros de Bailey, el yo 45 D.K. Por supuesto lo eran. Sin embargo, su amanuense, Alice A. Bailey, aparentemente no los conocía o en cualquier caso no adaptó la terminología que había tomado de los primeros teósofos para reflejar estos hechos.

Y aún así es claro de la literatura escrita por Alice A. Bailey, en particular *A Treatise on Cosmic Fire* (CF), que el yo superior, el Ego, el alma o Ángel Solar, de quien existen numerosas referencias, no es ni la mónada humana ni ninguna clase de mera conciencia humana pasiva, sino otra mónada, otro individuo, autoconsciente y autoactivo en mundos suprahumanos, independientemente de si la mónada humana es autoconsciente y autoactiva en sus mundos o de cuando llegue a serlo. Pero estos seres sin embargo tienen una relación muy estrecha con el hombre, “porque estos Ángeles Solares conciernen a la propia naturaleza esencial del hombre y son también el poder creativo mediante el cual trabaja.” (CF 680)

Son seres muy evolucionados, correspondientes a los segundos yoes (45:4–47:3) de la evolución humana, “Nirvanis de un Mahamanvantara anterior.” (CF 681)

(Nota: Un nirvani es un individuo que ha alcanzado el nirvana, o mundo 45; un mahamanvantara es el periodo de manifestación de un sistema solar, ver PhS 2.49).

Su trabajo consiste, entre otras cosas, en construir la envoltura causal en materia 47:1 y al hacerlo conectar las primera y segunda tríadas del hombre. Tienen su origen en el mundo 46 (“el principio medio logoico”, CF 681, 689ss) y poseen al menos conciencia 46:1.

En terminología pitagórica, que es preferiblemente usada por los estudiantes del hilozoísmo, al Ángel Solar se le llama Augoeides. Esta palabra griega significa “el que brilla”; en inglés el singular se distingue del plural no llevando nunca el artículo definido y propongo el mismo uso en el idioma español. El trabajo de los Augoeides con los seres humanos comienza en la causalización (Bailey: “individualización”) de los últimos, la transición de las mónadas del reino animal al humano, y consiste en ser los agentes de la ley del destino en lo que concierne a individuos y grupos, en inspirar al hombre desde los niveles causales (sólo posible en la etapa de cultura en adelante), pero nunca en dirigir al hombre en la manera manifiesta de los llamados guías espirituales del mundo emocional.

Los Augoeides han pasado hace mucho tiempo a través de la etapa correspondiente al reino humano en el desarrollo de la conciencia (CF 686, 699s). Sin embargo, nunca han sido seres humanos (al menos la mayoría), dado que pertenecen a otra línea de evolución que la humana, una evolución paralela llamada evolución dévica o angélica. El hecho de que son devas o ángeles queda claro en CF y también en los términos usados en ese libro: devas de fuego, manasa devas, ángeles solares; es también claro en WM 100f. Augoeides es llamado una “radiante existencia angélica” en IHS 115 y el “Ego, el Pensador, el Señor Solar o Manasadeva” en IHS 136.

En lo que sigue, cito alguna información interesante sobre Augoeides recogida mayormente del WM. Debo poner de relieve aquí que en estas citas, el “alma” o “Ego” referido no es una mera envoltura superior del hombre, como la envoltura causal, sino otro individuo, otra mónada, usando

la envoltura causal del hombre como un medio de establecer contacto con la mónada humana. Ruego al lector perdón si parezco tedioso o repetitivo, pero creo que no existe otro asunto en la teosofía o en la literatura de Bailey en el que la confusión sea mas completa y extendida.

“El mago blanco es quien está en contacto con su alma.” (WM 57)

“A medida que el hombre intenta lograr el control de la mente, el alma a su vez se vuelve más activamente agresiva.” (WM 88)

“El avance en el florecimiento de la mente en los hombres, que tanto distingue a la presente era, indica para el Ángel Solar una segunda crisis, de la que la primera fue sólo el símbolo. Aquello para lo que el Ángel Solar existe hace sentir su presencia en la humanidad, y otro fuerte tirón está siendo ejercido sobre el Ángel Solar, que esta vez producirá una segunda fecundación. Esto dará al hombre esas cualidades que le permitirán trascender las limitaciones humanas y hacerse parte del quinto reino o reino espiritual de la naturaleza. El primer esfuerzo del Ángel Solar convirtió a los hombres-animales en seres humanos; el segundo convertirá a los seres humanos en entidades espirituales, más la ganancia de experiencia en la familia humana.” (WM 88s)

“Esos discípulos están en contacto consciente a veces con las fuerzas de su propia alma y para ellos no existe derrota ni vuelta atrás. Son probados guerreros, con cicatrices y cansados, pero sabiendo que la victoria triunfante se encuentra adelante, porque el alma es omnipotente.” (WM 231)

“La oscuridad puede ser intelectual y es en consecuencia aún más difícil de penetrar, porque en este caso el poder del Ego *debe* ser invocado, mientras que en el primer caso con frecuencia el calmado razonamiento de la mente inferior puede ser suficiente para disipar el problema. Aquí, en este caso específico, el discípulo será sabio si no sólo intenta invocar a su Ego o Yo Superior para dispersar las nubes, sino que llama igualmente a su Profesor o incluso a su Maestro, por la asistencia que puedan proporcionar.” (LOM 133)

En LOM 294, el Augoeides es llamado el “custodio”.

En lo que concierne a la mónada humana, la tarea de Augoeides es guiarla a través de la evolución en el reino humano. Augoeides es el guardián de la segunda tríada de la mónada humana (45:4, 46:1, 47:1), hasta que la mónada pueda tomar posesión de ella de manera autoconsciente.

Augoeides tiene su correspondencia superior, el guardián de la tercera tríada (43:4, 44:1, 45:1). Para quedar bajo su inspiración, el hombre debe ser capaz de funcionar conscientemente en su segunda tríada. El término pitagórico para el guardián de la tercera tríada es Protogonos (en griego, “primogénito”). Augoeides y Protogonos son los “dos principios conectores” (conectando la segunda tríada con la primera tríada y la tercera tríada con la segunda tríada, respectivamente) mencionados en CF 681. La “Presencia” y el “Padre en los Cielos” mencionados en IHS 117 se refieren a Protogonos.

Augoeides ha completado su tarea cuando el hombre se esencializa (en lenguaje teosófico y de Bailey: pasa la cuarta iniciación) y, por así decirlo, se convierte en su propio Augoeides. A esto se refiere en IHS 117, 137:

“El ángel solar hasta ahora contactado se ha retirado, y la forma a través de la que funcionaba (el cuerpo egoico o causal) se ha ido, y nada queda sino amor-sabiduría y esa voluntad dinámica que es la principal característica del Espíritu. El yo inferior ha servido el propósito del Ego, y ha sido descartado: el Ego de igual manera ha servido a los propósitos de la Mónada y deja de ser necesario, y el iniciado permanece libre de ambos, plenamente liberado y capaz de hacer contacto con la Mónada, como antes aprendió a hacer contacto con el Ego.” (IHS 117)

(Notas: “Amor-sabiduría” significa conciencia 46; “voluntad dinámica” y “Espíritu” se refieren a la conciencia 45. Es muy importante darse cuenta de que la Mónada de Bailey no es la Mónada pitagórica, el átomo yo, sino la tercera tríada y su guardián dévico, Protogonos).

“Cuando se ha llegado al momento de la cuarta iniciación y el trabajo de destrucción se ha cumplido, el ángel solar vuelve a su propio lugar, habiendo realizado su función, y las vidas solares buscan su punto de emanación.” (IHS 137)

(Notas: la “cuarta iniciación” se refiere a la transformación del yo causal en un yo 46, esencialización. El “trabajo de destrucción” significa la disolución de la envoltura causal en la

esencialización. Las “vidas solares” y su “punto de emanación” conciernen a los seres colectivos evolutivos de materia terciaria que constituyen los cuatro centros de la envoltura causal y que en la disolución de la envoltura vuelven al depósito planetario de materia causal terciaria.)

El “Ego” la mayor parte de las veces significa Augoeides. Sin embargo, existen algunos sitios en los que el “Ego” se refiere a la envoltura causal del hombre y a su conciencia en desarrollo. Debajo cito un ejemplo de WM y otro de LOM.

“Comienza a darse cuenta de que su Maestro trabaja con su alma y que es su ego, por lo tanto, quien está en comunicación con el Maestro y no el yo personal.” (WM 170)

(Notas: Aquí “alma” y “ego” son sinónimos, con la posible diferencia de que “alma” tiene más que ver con el aspecto conciencia de la envoltura causal y “ego” más con los aspectos materia y energía de la misma. El “yo personal” significa la primera tríada y sus envolturas: las envolturas mental, emocional y etérica y el organismo.)

“Para la Jerarquía observadora es aparente que el fuego divino esta impregnando, calentando y radiando a través del cuerpo causal y que el Ego se hace cada vez más consciente en su propio plano y cada vez más interesado – mediante los átomos permanentes – en la vida de la Personalidad.” (LOM 26f)

(Notas: El “fuego divino” es la energía de la tercera tríada, los “átomos permanentes” son la primera tríada. La “Personalidad” es la mónada humana en la primera tríada.)

Ahora estamos listos para contestar a la segunda Pregunta (2). Cuando se hace distinción en la literatura de Bailey entre el “yo superior” (el “Ego o el “alma”) y el “yo inferior”, o la personalidad (significando la “personalidad” nuestra autoconciencia diaria mental, emocional y física) del hombre, y esto implica que existe autoconciencia en dos niveles bien separados simultáneamente, esto debe ser comprendido como que se refiere a dos individuos o mónadas separados: Augoeides como una mónada y el ser humano como otra mónada. Por contra, cuando se hace mención de autoconciencia en la primera tríada y en la segunda tríada en diferentes ocasiones, esto puede ser comprendido también significando que la autoconciencia de la mónada humana se desplaza entre las dos, pero no es de ninguna manera seguro, y decidir en cada caso particular que es lo que se quiere dar a entender puede resultar ser difícil.

Resumen y conclusión

En la literatura de Bailey, el uso de los términos mal delimitados y por lo tanto vagos “alma” y “Ego”, por un lado, y la ausencia de enseñanza sobre la mónada o yo, en el sentido pitagórico original, por otro, ponen serios obstáculos a los estudiantes que desean una comprensión clara del desarrollo de la conciencia. Factores que aumentan la confusión son: el incorrecto uso del término mónada para la tercera tríada, el discurso del hombre como si consistiese de diversos yoes (“inferior” y “superior”), y el que no se diferencie con claridad entre las envolturas superiores de la mónada humana y Augoeides (el “Ángel solar”).

Las principales dificultades pueden resumirse como sigue:

Todo ser humano pensante es consciente de que es un yo, pero al leer la literatura teosófica y de Bailey es informado que ese no es su verdadero yo, sino el “yo inferior”, y que su verdadero yo es el “yo superior”. Esto es absurdo al menos en tres puntos, dado que implica (1) que la experiencia humana evidente es negada, (2) que se postulan dos o tres seres autoconscientes en el hombre y (3) que la continuidad y permanencia del yo es negada al igualar al yo con envolturas precedidas de la mónada, como la segunda o tercera tríada.

El hiloziismo pitagórico resuelve estas dificultades enseñando que el único contenido del cosmos son átomos primordiales imperecederos, o mónadas, y sus compuestos. Las mónadas que han adquirido autoconciencia son yoes. Las mónadas que aún no han adquirido autoconciencia constituyen átomos compuestos de clases inferiores y superiores, y estos átomos compuestos a su vez, constituyen envolturas para las mónadas autoconscientes. El yo humano es una mónada autoconsciente. Los múltiples cuerpos del hombre son envolturas para la mónada, pero así lo son también sus tríadas, esos seres que Bailey llama el “cuaternario” o la “personalidad” (la primera tríada), el “alma”, “Ego” o “Tríada” (la segunda tríada) y la “Mónada” (la tercera tríada).

Cualquiera de estas envolturas es un yo para la mónada cuando la mónada se identifica con la conciencia de ella; por ejemplo: la mónada humana es un yo emocional cuando se identifica con la conciencia de su envoltura emocional (o “cuerpo astral”), y un yo mental cuando se identifica con la conciencia de su envoltura mental. Sin embargo, esta identificación de la mónada con sus envolturas es resultado de la ignorancia de la mónada de sí misma. El hombre, por ejemplo, es a veces consciente de que es autoconsciente, pero aún así es ignorante del hecho de que esta autoconciencia es la conciencia de la mónada. Pero después de aprender que es una mónada imperecedera, no debería, cuando es autoconsciente, decirse a sí mismo “mi mónada es autoconsciente ahora”, sino “Yo, la mónada, soy autoconsciente ahora”.

Existen al menos siete diferentes usos distinguibles claramente del término “alma” en la literatura de Bailey, a saber (1) conciencia en general y como fenómeno universal; (2) la envoltura causal y su conciencia pasiva (en las etapas humanas inferiores); (3) la segunda tríada y su conciencia pasiva (pasiva antes de que la mónada humana se haya convertido en un segundo yo); (4) la mónada humana en general (entonces es llamada a menudo el “alma humana”); (5) la mónada humana después de adquirir autoconciencia en la envoltura causal (siendo entonces un yo causal); (6) la mónada suprahumana después de adquirir autoconciencia en la envoltura 46 (siendo entonces un yo 46); (7) Augoeides (a menudo llamado el “alma en su propio plano”). El término “Ego” es usado de manera indistinta con “alma” en todos los sentidos arriba citados, excepto el (1).

Serios problemas surgen al usar el mismo término para diversas cosas y diversos términos para la misma cosa, tales como los términos “alma” y “Ego” en la literatura de Bailey. Esta inexactitud en el uso de términos impide a los estudiantes alcanzar la claridad requerida. En lugar de esa claridad se producen ficciones en sus mentes, de dos maneras:

(1) Confundirán necesariamente diferentes cosas, por ejemplo, el aspecto conciencia en general con una envoltura particular para la conciencia, o la mera conciencia causal pasiva en etapas humanas inferiores con la conciencia autoactiva causal en la etapa humana superior y en etapas suprahumanas, o a la mónada humana con Augoeides, ya que todas estas cosas diferentes pueden ser llamadas “alma”.

(2) Y tenderán a dar entidad a términos tales como “alma” o “Ego”, es decir, creerán que existe algún ser llamado “alma”, caracterizado por todas las funciones y atributos mutuamente contradictorios que la literatura de Bailey confiere al “alma”, y también creerán que existe algún ser llamado el “Ego”, caracterizado similarmente por sus funciones y atributos enunciados, y por lo tanto que “alma” y “Ego” son seres distintos porque se usan términos distintos para ellos, mientras que lo opuesto es el caso: diferentes seres o cosas son denotados por “alma”, y aún así “alma” y “Ego” se usan de manera indistinta.

El que no se entregue la enseñanza de la mónada en su verdadero y original sentido pitagórico, continuando usando el término mónada y por lo tanto usándolo erróneamente ha ocasionado, como dice Laurency “una irremediable confusión de ideas” (Laurency, *Knowledge of Life Three*, 5.24.3)

Todas las confusiones, mezclas y malos usos de los términos citados en el presente ensayo son parte integral de la “herencia de Blavatsky”. Blavatsky era indiferente con respecto a la terminología hasta el punto de negligencia, es cierto, pero estaba también seriamente limitada por las restricciones impuestas por sus maestros e informantes, que no deseaban que se revelase demasiado del conocimiento esotérico en ese momento, y que así prefirieron la vaguedad, la ambigüedad y la confusión, considerándolas como cubiertas protectoras.

Sin embargo, aún después de que se permitiese la publicación de considerablemente más conocimiento a través del yo 45 D.K., la vaguedad, ambigüedad y confusión originales no fueron remediadas. Bailey estaba tan poco interesada en terminología como Blavatsky, y D.K. no forzó un cambio. Además, ¿por qué debería haberlo hecho? Está implícito en la ley de hierro de la autorrealización que todo lo que puede ser hecho por los seres humanos debemos hacerlo nosotros, y no por seres suprahumanos. Y puede ser hecho por seres humanos, como ha demostrado Henry T. Laurency en sus escritos. Si el presente ensayo puede en alguna medida servir como continuación al trabajo pionero que él inició, ha cumplido su propósito.

Abreviaciones usadas en este ensayo

CF – Alice A. Bailey: *A Treatise on Cosmic Fire*

IHS – Alice A. Bailey: *Initiation Human and Solar*

KofR – Henry T. Laurency: *The Knowledge of Reality*

LOM – Alice A. Bailey: *Letters on Occult Meditation*

PhS – Henry T. Laurency: *The Philosopher's Stone*

WM – Alice A. Bailey: *A Treatise on White Magic*

Todas las obras de Henry T. Laurency referidas en el presente ensayo se encuentran on-line en *The Official Website of the Henry T. Laurency Publishing Foundation*, www.laurency.com

Copyright © Lars Adelskog 2006 y 2013. Todos los derechos reservados.